

Poeta y censor de su propia obra

(Observaciones a *Claves Líricas*, 1930)

Valle-Inclán publicó en 1930 sus *Claves líricas*, en las que recogió sus tres únicos libros de poesía publicados en los años de 1907, 1919 y 1920, formando el volumen XI de su *Opera Omnia*.

Por cierto que la ordenación está invertida al situar *El Pasajero* en segundo lugar, cuando fue publicado el tercero y último en 1920. Pero alguna razón debió tener su autor para esta inversión cronológica, y quizás no fuese la única el hecho de que al compilar su obra, estaba más cerca en ese momento del contenido de *La pipa de Kif* como testimonio de su estética de entonces, como así lo era en efecto. En *La pipa de Kif* se encuentra su famoso «Crimen de Medicina», extenso poema, con tema y versos de variada factura pero dentro de una técnica rigurosamente esperpéntica.

Se le ha venido imputando a Valle-Inclán con reiterada frecuencia, desde Julio Casares en su *Crítica Profana*, el abuso en el aprovechamiento de los esbozos de sus obras primerizas, el que fuesen posteriormente aprovechadas y ampliadas, como si este hecho fuese en sí mismo reprobable, sin considerar la enorme distancia que media entre *La niña Chole* (1895) y la *Sonata de Estío* (1903), o entre *La Generala* (1892) y *Los cuernos de Don Friolera* (1925), o entre *Octavia Santino* (1892) que derivó en *Cenizas* (1899) y que generó posteriormente *El yermo de las almas* (1908).

Valle-Inclán fue un escritor excesivamente exigente con su propia obra, según es sabido, y a esta sola causa hay que atribuir su constante depuración y reelaboración de textos, reelaboración que alcanza a la propia estructura de la prosa y que abarca la mayor parte de los textos publicados bien en libro, revista o periódico, inclusive sus últimos esperpentos e incluso su poesía, según veremos; todo es depurado concienzudamente al pasar a su *Opera Omnia*.

También, como acabamos de señalar, su poesía es sometida a esta reelaboración, aún como en este caso, partiendo de textos ya recogidos en libros anteriormente. Todo es depurado por su mano exigente, alcanzando esta censura amplias y múltiples supresiones. Su exigencia parece nacer de un permanente afán de pureza que hay que considerar congénito en el autor, como una insatisfacción constante a lo largo de toda su vida. Sólo mirándolo desde este ángulo se justifica este hecho; su

exigencia de pureza se observa claramente analizando su obra poética, cuya autocensura reduce en algunos casos a la mitad un poema, justificación difícil en no pocos casos, al analizar hoy estas variantes al incorporarse sus poemas a *Claves líricas*. Las variaciones observadas alcanzan en algunos casos una rigurosidad extrema, por lo que de momento, sólo nos ocuparemos de las más sobresalientes, en espera de la edición crítica que esperamos ultimar en breve, y cuyo avance adelantamos en estas líneas.

Una observación previa parece necesaria antes de pasar adelante. Las *Claves líricas*, publicadas y depuradas por Valle-Inclán en 1930, sigue siendo la base única de todas sus ediciones posteriores, sin que se hayan incorporado a ellas algunos de los poemas escritos por Valle-Inclán después de 1930, como su famoso «Requiem» de 1932, poema importante entre los mejores, y algunos otros poemas, pocos es cierto, perdidos en sus colaboraciones periodísticas de los años 1930 a 1936 en que moría.

Veamos ahora algunas de las supresiones y variaciones a que somete D. Ramón su obra literaria al recopilar en un solo volumen sus tres anteriores y únicos libros publicados:

Aromas de Leyenda. Versos en loor de un Santo ermitaño. Madrid, 1907.

La pipa de Kif. Versos. Madrid, 1919.

El pasajero: Claves líricas. Madrid, 1920.

Recordemos nuevamente que el orden de reedición en 1930 es alterado, ordenándose así: *Aromas de Leyenda*, *El pasajero*, *La pipa de Kif*, ordenación que hoy hallamos perfectamente justificada teniendo en cuenta la trayectoria estética de Valle-Inclán, cerrándose su ciclo literario en ese mismo orden, puesto que *El pasajero* estaba lleno de un tinte rigurosamente modernista del que su autor se había alejado totalmente en la segunda década del siglo, mientras que *La pipa de Kif* recogía una imagen más a tono con su última evolución estética, con poemas como «El jaque de Medinica», «Vista madrileña» o «Resol de verbena», estampas todas ellas del más puro esperpentismo, que hoy nos parecen extraídas de cualquiera de sus obras teatrales o novelescas creadas por su autor en la década de 1920 a 1930, y que en el fondo habría que considerar como un auténtico antecedente a su obra en prosa.

Veamos ya un variado ejemplario de las censuras a que Valle sometió su obra lírica, y empecemos por el famoso soneto iconográfico escrito por Rubén Darío para encabezar sus *Aromas de Leyenda*, cuya edición de 1907 tiene estas palabras previas: «SONETO para el Señor Don Ramón del Valle-Inclán» y que el destinatario corrige en 1930 con estas obras palabras: «SONETO iconográfico para el Señor Marqués de Bradomín, de Rubén Darío, su amigo»¹.

Pero no sólo el encabezamiento modifica Valle-Inclán, sino también el verso 10:

1907: Y a través del zodiaco de mis versos actuales...

1830: Y a través del zodiaco de sus versos actuales...

¹ Esta rectificación nos demuestra hasta qué punto seguía vivo en el espíritu de Valle-Inclán el problema carlista, años en que el pretendiente Don Jaime le escribía una curiosa carta confiriéndole el título de «Caballero de la Orden de la Legitimidad proscrita».

Hay otra variación pero ésta no imputable a Valle-Inclán sino que se trata de un error de imprenta, en el verso 12:

O se me rompe en un frasco de cristales
que queda así:

O se me rompe en un fracaso de cristales...

error que el propio Rubén se encargó de rectificar al recoger el retrato de Valle en *El canto errante* (Madrid, 1907, p. 167), habiendo añadido Valle-Inclán dos signos de admiración en los dos últimos versos.

Iniciemos ya por orden cronológico algunas de las más sobresalientes variaciones, no sin antes hacer constar que estas notas inconexas son un breve avance de un próximo estudio más amplio sobre Valle-Inclán poeta, faceta sorprendentemente desatendida por la crítica, no obstante la premonición que suponen algunos versos suyos sobre su obra en prosa y sus hallazgos.

Aromas de leyenda

La ordenación de los poemas del libro es idéntica en ambas ediciones, pero la numeración se incrementa en 1930 en un poema, alcanzando éstos hasta el XV, como consecuencia de haber numerado como poema I, la composición «Ave» que en la edición de 1907 sirve de prólogo y propósito poético al libro, y es como un canto genérico e independiente que comprende la idea matriz del libro:

¡Oh lejanas memorias de la tierra lejana...

poema que también retoca Valle en los versos 10, 11, 13 y 24.

De la Clave I, «Milagro de la mañana», se suprimen los siguientes versos finales, que parecían justificar el propio poema:

Esta santa conseja
La recuerda un cantar,
En una fable vieja.

y cuyo origen popular refrenda esta cuarteta galaica:

Campana, campaniña
Do Pico Sagro,
Toca por que froreza
A rosa do milagro.

versos que en 1930 quedan suprimidos y sustituidos por el trístico siguiente, que no tiene vinculación con el poema, lo que debió obligar a Valle-Inclán a la supresión de los tres versos anteriores. En 1930 el cierre del poema queda con estos tres versos nuevos:

¡Tes no teu piteiro,
Paxariño novo,
Gracia de gaitero!

Una gran parte de los poemillas gallegos con que finalizan los poemas de este libro son retocados por Valle al pasar a formar parte de *Claves líricas* en 1930.

No retocó excesivamente Valle este libro primerizo al releerlo en 1930. El último poema, XIII, «En el camino» es el que sufre mayor transformación, suprimiendo este trístico perfectamente encajado en el poema:

Era de una ideal
Dulzura, su figura
Grave y pontifical.

mientras que el último:

¡Madre, Santa María,
En dónde canta el ave
que anuncia un nuevo día?

queda sustituido por el siguiente en 1930:

¡Ciego de luz de aurora
que en su rueda de plata
hila Nuestra Señora!

Asimismo la cuarteta galaica que cierra el poema se modifica en los versos 2 y 4.

Veamos ahora, respetando la ordenación de su autor, algunas de las variantes más destacadas de

El pasajero, cuyo subtítulo, «Claves líricas» sirvió a Valle-Inclán para titular su obra completa.

El pasajero puede considerarse como una confesión del autor puesta en versos modernistas. En la edición de 1920 al pie del título aparecían estos versos desgajados del primer poema, «Rosa de llamas»:

Tú fuiste en mi vida una llamarada,
Por tu negro verbo de Mateo Morral:
¡Por el dolor negro del alma enconada,
Que estalló en las ruedas del Carro Real!

y que fueron sustituidos con la primera cuarteta del poema quedando con el mismo número de versos, pero evidentemente desfigurándolo ya que por su primera redacción sabemos que recogía un recuerdo a Mateo Morral, el famoso anarquista bien conocido por Valle-Inclán en su tertulia del Nuevo Café de Levante en la primavera de 1906 y al que en unión de Ricardo Baroja reconoció en el depósito de cadáveres después de su suicidio en las cercanías de Madrid, huido del atentado de la calle Mayor, novelado asimismo por Baroja en la primera parte de *La ciudad de la niebla*.

Su segundo poema «Rosaleda» es uno de los que mayor transformación sufre, desapareciendo nada menos que 15 de los 34 versos que contenía en la edición de 1920, los cuales se sustituyen únicamente con dos versos nuevos. En realidad sólo quedan intactos los cuatro primeros y los siete últimos. Los suprimidos son:

La nota de las rosas, iba como un revuelo
 Por el encanto verde, que vibra desde el suelo.
 Era el paisaje pauta del pincel puntillista,
 Con la luz emotiva del cielo modernista.
 Conversé con las rosas y las amé en secreto,
 He vuelto, y cada rosa me ha dado un amuleto.
 Lo traje peregrino por el cielo de Oriente,
 Un crinado mancebo con el Sol en la frente.
 ¡Sagrada luz, y gozo de los panidos lauros
 De rosas! ¡La divina furia de los centauros,
 En mi sangre! ¡La sangre del sol! ¡La heroica furia
 Mítica! ¡La dorada sangre de lujuria!
 En cada rosa
 Gusté el amor lozano de una esposa.
 Tuve en ellas deleite sin pecado,
 La gracia renové del Adanita,
 Mi deleite de amor se hizo sagrado
 Como el amor de un Rey israelita.
 ¡Era yo un Rey que amó a una Sulamita!

Poema como se ve por lo suprimido de amplio corte modernista, muy rubeniano, que Valle depuró en 1930 entendemos que con buen criterio, reduciendo tanto signo de admiración a estos cuatro versos:

Conversé con las rosas, y como un amuleto
 Recogí de las rosas el sideral secreto.
 Los números dorados
 De sus selladas cláusulas, me fueron revelados.

El poema III, «Rosa hiperbólica», es igualmente de marcado carácter autobiográfico:

Fui peregrino sobre la mar,
 Y en todas partes pecando un poco,
 Dejé mi vida como un cantar.

aunque dando un tinte fantástico, como a él gustaba, a su pasado, al igual que en su famosa autobiografía publicada en *Alma española* en 1903. Sin embargo no vemos qué razón pudo tener Valle-Inclán en 1930 para suprimir estos cuatro versos del primitivo poema, muy a tono por otro lado con el resto del poema:

Peregrinando por mis caminos,
 No temí hambre: ¡Temí mujer!
 Quien va señero tras sus destinos
 Lleva la espada para vencer.

El poema «Rosa del Paraíso» tiene en la primera edición 48 versos y al pasar a «Claves líricas» queda reducido a 32; entre los suprimidos destacamos:

En su temblor azul, devoto y pronto,
 Tiene ansias de ideal la flor del lino,
 Ansias de deshojarse en el tramonto
 Y hacer de su temblor, temblor de trino.

La poesía siguiente: «Rosa venturera» desaparece totalmente en la edición de 1930. Veamos seguidamente los catorce versos que fueron eliminados por Valle-Inclán:

Con el recuerdo de otras vidas
 En el corazón, a cantar
 Partí con las alas tendidas
 Sobre los tumbos de la mar.
 En las voces desconocidas
 Sentí el pasado resonar,
 Y claridades presentidas
 Iluminaron mi avatar.
 Bogó mi alma paradójica,
 En un cristalino bajel,
 En una isla mitológica
 Me embriagué con hidromiel
 Y como consecuencia lógica
 Decoró, mi sueño, un laurel.

El pasajero en la edición de 1920 está subdividido en cuatro partes, con numeración independiente de los poemas en cada una de ellas, subdivisión que no conserva la edición de 1930. Las cuatro secciones se titulaban «El pasajero», «Laureles», «Tentaciones» y «Talismán», conteniendo nueve poemas cada sección.

«La Rosa panida», clave V de la sección «Laureles», queda reducida de 44 versos a 28, desapareciendo las siguientes estrofas intercaladas a lo largo del poema:

¡Mística rosa del elogio!
 ¡Fragancia de la letanía!
 ¡Luz del Eucologio!
 ¡Salmo del día!

•

¡Yo era lleno de furia,
 Y tú fuiste a mi corazón,
 Voz de lujuria
 De Salomón!

•

¡Estrofa de líricos prismas
 Tú engañaste a mi corazón
 Con sofismas
 de Zenón!

•

¡Rosa llena de alegorías
 Antiguas! ¡Divina y carnal!
 ¡Flor de Herodías
 Y del Grial!

El soneto «Rosa del suspiro» en la edición de 1920, pasa a llamarse «Rosa métrica» conservando solamente alguna palabra y manteniendo prácticamente la primitiva

rima. Es un soneto totalmente rehecho, el cual transcribimos en ambas versiones para un mejor contraste. He aquí el publicado en 1920:

Ardiente pentáculo, cláusula sellada,
 Verbo de una eterna luz primaveral,
 Sangre de venusta boca enllamarada,
 La rosa las cláusulas guarda del cristal.
 Rosa que a la carne de Venus das norma,
 La diosa encendida de furia carnal,
 Consagró en la gracia cordial de tu forma
 Para sus misterios, fragante grial.
 Rosa venusina, tu sentido oculto
 Promueve los ritmos del agreste culto
 de Pan. Armonías me das de placer.
 Como un arroyuelo me corre el exulto
 Del éxtasis. Llevas bélico tumulto
 A mi sangre. Voces me das de mujer.

Veamos ahora la segunda redacción para contrastar mejor la evolución de un tema idéntico desde una perspectiva no excesivamente lejana:

¡Número Celeste! ¡Geometría dorada!
 ¡Verso pitagórico! ¡Clave de Cristal!
 ¡Canto de divina boca enllamarada!
 ¡Verso del Ardiente Pentáculo Astral!
 Los poemas del seno de Diana Cinegética
 Timbra con tu ardiente alusión carnal,
 Divina promesa que enciende la estética
 Del fauno rugiente de furia nupcial.
 Con feliz congoja, con místico insulto
 Panida, arrebatas mi sangre en tumulto
 Aurea solfa del Dorado Facistol.
 Rosa Alejandrina, tu sentido oculto
 Promueve los ritmos heroicos del culto
 Apolíneo. ¡Rosa Métrica del Sol!

El pasajero, lleno de un aire modernista total, es también un libro lleno de intimidades, entre cuya hojarasca vemos no pocas veces vibrar el alma de Valle-Inclán. Descubierta y confirmado y el mundo esperpéntico en la época en que el autor lo relee, lo somete a una censura y depuración que quizás sólo sean una fórmula para hacermás ocultos unos sentimientos y un alma que eran fácilmente visibles en la primera redacción. Un deseo de insatisfacción y ocultamiento parece presidir las continuas transformaciones y aún supresiones. Entre los poemas suprimidos se encuentran los «Gozos de la Rosa», de riguroso estilo modernista:

¡Carne de ofrenda! ¡Carne sin sevicia!
 ¡Luz deliciosa! ¡Pánica obsesión!
 ¡Carne gloriosa! ¡Mística leticia!
 ¡Grito del mundo! ¡Estrofa de pasión!
 ¡Rosas fragantes! ¡Cristalinas rosas!
 ¡Rosas evocadoras del Harén!
 ¡Rosas divinas, castas lujuriosas!
 ¡Senos de Eva! ¡Carne del Edén!